

Gracia que excede

Por Kurt Gebhards

Tabla de contenido

Introducción

Capítulo 1: El Dios de toda gracia

Definiendo la gracia

La gracia de Dios en exhibición

Pecadores indignos

Capítulo 2: La gracia que salva

Gracia: De la muerte a la vida y las riquezas eternas

La gracia es un regalo

Y el regalo continúa

Capítulo 3: El crecimiento de la gracia

El privilegio de crecer en la gracia de Dios

El don de la gracia salvadora y la gracia acrecentadora

Santificación: Cooperar con Dios en el crecimiento de la gracia

Capítulo 4: Diez maneras de crecer en gracia

1. Ser mayordomo de la gracia de Dios

2. Disfrutar de la inmensidad de la gracia de Dios

3. Permanecer en la gracia

4. Humillarse para obtener más gracia

5. Aprender las lecciones de la obediencia llena de gracia

6. Encontrar tu fuerza en la gracia de Dios

7. Hablar con entusiasmo la palabra de gracia

8. Trabajar por la gracia de Dios

9. Tratar a los demás según el principio de la gracia, no del mérito

10. Someterse al reino de la gracia de Dios

Conclusión

Introducción

Se dice que el adulto promedio tiene un vocabulario de alrededor de 30.000 palabras. La Biblia agrega algunas palabras más que son esenciales a ese recuento para los cristianos. Nuestra teología tiene su propio vocabulario: palabras que son precisas y profundas. Pero estas palabras muchas veces no se entienden total o adecuadamente. Esta falta de atención no es intencional; es debido a que estas palabras son simplemente demasiado familiares.

Si no tenemos cuidado, podemos empezar a utilizar el lenguaje fundamental del cristianismo sin comprender su profundidad. Frases como “la gloria de Dios” y palabras como “evangelio” y “santificación” se convierten en palabrería de moda, utilizadas regularmente sin el conocimiento o comprensión adecuados. En consecuencia, su significado, tan rico en profundidad, puede neutralizarse y disminuir nuestro asombro ante Cristo y, en última instancia, nuestro crecimiento como creyentes. En nuestra cultura cristiana, con estas grandes palabras, corremos el riesgo de tener la cobertura en lugar del núcleo.

La palabra “gracia” es un buen ejemplo de esto. Esta pobre palabra ha sido maltratada y perdura y permanece en nuestro idioma a través de un nombre femenino, una breve oración antes de una comida, la amable respuesta de un maestro a una tarea tardía, una canción cantada en una vigilia o incluso el nombre de una iglesia. Y debido a su uso excesivo, es posible que haya perdido su significado, su poder e incluso su función en nuestras vidas. Quizás nos hemos aburrido de la “gracia” porque la hemos aplicado o entendido mal, con respecto a qué es, cómo funciona y cuán absolutamente esencial es para la vida de un creyente.

Efesios 2:8 dice: “Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe...”. En otras palabras, la gracia no es el atributo domesticado de un Dios amable y gentil que mitiga Su ira, sino más bien el ariete eficaz que usó para romper nuestros corazones de piedra. No hay nada suave en la gracia. Es el poder de Dios para salvarnos, cambiarnos y llevarnos al cielo.

Cuando Pablo, el apóstol escritor de tantas epístolas, usó la palabra “gracia” como saludo final, no estaba simplemente despidiéndose con una frase desechable. Estaba dejando a sus lectores con una poderosa bendición que verdaderamente apuntalaba toda la amplitud y profundidad que acababa de exponer. En otras palabras, dice: “Si pudiera dejarles solo una o dos palabras que encapsulen todo lo que les he dicho, se resumiría en la palabra ‘gracia’”. Y no fue reservada solo para el final de sus cartas; esta palabra está entretejida en el lienzo de sus letras más de cien veces. Su significado exige que desempolvemos este glorioso concepto,

restauremos su belleza en nuestras mentes y le permitamos latir por nuestras venas y volverse sorprendente una vez más.

En esta guía práctica, aprenderás (1) qué es la gracia, (2) cómo la gracia salva a un pecador, (3) la necesidad de crecer en la gracia y (4) cómo crecer en la gracia. Comprenderás qué es la gracia según la definen las Escrituras, un regalo de Dios a los pecadores para salvación y un disfrute en cada hora y en cada búsqueda del camino cristiano. Cada capítulo se basa en el anterior para desarrollar plenamente la belleza de la trayectoria desde la salvación hasta la gracia que “nos lleva a casa”.

Capítulo 1: El Dios de toda gracia

Las Escrituras usan la palabra gracia de muchas maneras diferentes y maravillosas. Por ejemplo, la gracia se usa en términos de salvación, pero también está involucrada en sostener al creyente en santificación y en el sufrimiento. Los estudiantes cuidadosos de las Escrituras notarán que su significado depende de distintos contextos teológicos. La amplitud y profundidad de la palabra “gracia” es una invitación de Dios a buscar con entusiasmo una comprensión integral de toda la gracia.

Sin embargo, independientemente de su contexto o uso, la gracia funciona como el favor inmerecido de Dios. Como un caleidoscopio, en cualquier dirección que lo gires, hay belleza, complejidad y matices. Pablo describe esta generosidad abundante como “las sobreabundantes riquezas de Su gracia por Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Ef 2:7). Este capítulo (1) definirá la gracia, (2) establecerá que la gracia es un aspecto intrínseco del carácter de Dios y (3) subrayará la generosidad de la gracia ofrecida a los pecadores que no la merecen. Comencemos nuestro estudio definiendo la gracia de Dios.

Definiendo la gracia

Si bien todos los atributos de Dios son dignos y hermosos, en todas las Escrituras se hace especial consideración para adjuntar adjetivos a la gracia. Es como si los autores hubieran sacado un diccionario de sinónimos y buscaron cada palabra que pudieron encontrar para ensalzar las virtudes de la gracia.

Considera la celebración que hace Pablo de la gracia de Dios: “Para alabanza de la gloria de Su gracia que gratuitamente ha impartido sobre nosotros en el Amado. En Él tenemos redención mediante Su sangre, el perdón de nuestros pecados según las riquezas de Su gracia que ha hecho abundar para con nosotros. En toda sabiduría y discernimiento” (Ef 1:6-8). Alabanza, gloria, riquezas y abundancia: estos son términos extraordinarios para describir las características y propiedades de la gracia.

El lenguaje capta la naturaleza extrema de esta gracia maravillosa y sorprendente. Y luego considera que los destinatarios de esta gracia son criaturas muy indignas de alabanza, en lugar de ser gloriosos, son pecadores pobres y desamparados. En contraste con sus destinatarios, la gracia de Dios se centra en los beneficiarios más indignos. Por lo tanto, la generosidad insondable es un componente esencial de su definición.

Matthew Henry ofrece esto: “La gracia es la bondad y el favor gratuitos e inmerecidos de Dios para la humanidad”. Jerry Bridges lo define de esta manera: “La gracia es el favor gratuito e inmerecido de Dios mostrado a los pecadores

culpables que solo merecen juicio. Es el amor de Dios mostrado a los indignos de amor. Es Dios extendiéndose hacia las personas que están en rebelión contra Él”.

Definición:

La gracia es la generosidad asombrosa e injustificada de Dios que salva a los pecadores rebeldes mediante el don de la salvación y luego los hace crecer en santidad para Su gloria.

La gracia, definida bíblicamente, incluye cuatro características esenciales:

- Generosidad interminable y extravagante
- Favor inmerecido
- El don de la salvación
- El poder que impulsa el crecimiento espiritual

La gracia de Dios en exhibición

El libro de Éxodo está claramente compuesto por episodios marcados por la gracia de Dios. El ciclo de infidelidad y fracaso de Israel fue confrontado una y otra vez con abundante generosidad. Quizás nadie lo vio tan claramente como su líder, Moisés. Éxodo 33 relata un punto de inflexión en la dramática marcha de Israel hacia la tan esperada Tierra Prometida. Toma tu Biblia y lee Éxodo 33:7 – 34:9 para seguir esta dramática historia.

Fieles al patrón de necedad de Israel, habían vacilado, y Moisés necesitaba desesperadamente la seguridad de que Dios mismo los acompañaría en el tramo final del agotador viaje. Moisés estaba sin fuerzas, sin valentía y quebrantado de espíritu (33:12). Necesitaba una ayuda visual para aumentar su confianza y seguridad de que la presencia de Dios los acompañaría. Pidió que Dios los escoltara visiblemente antes de dar un paso más (33:16). Esta audaz petición – “muéstrame Tu gloria”– si se concede, les aseguraría el carácter de Dios y Su relación pactual en la misión que tenían por delante (33:18).

En un acto de increíble bondad, Dios concedió esta extraordinaria petición. Dios tuvo mucho cuidado de colocar a Moisés en la hendidura de la roca, con sus ojos cubiertos para que Moisés solo estuviera expuesto a las porciones traseras de la gloria de Dios (33:23). En un momento saturado de gracia, Dios le proporciona a Moisés evidencia absoluta de Su presencia, mientras lo protege de una experiencia que de otro modo lo habría matado (33:20).

Israel tenía conocimiento experiencial de la bien merecida ira y justicia de Dios, y de lo que es oponerse a un Dios santo (Ex 19:16; 32:10, 35; 33:5). La construcción del becerro de oro (que acababa de ocurrir) fue una clara evidencia de que no toleraría ser marginado o reemplazado, lo que hace que este acto de bondad sea

aún más sorprendente. Moisés hace esta petición desesperada a Dios, y Dios responde con un acto tan generoso, manifestando Su compasión, paciencia, bondad, constancia, perdón y firmeza. ¡Esto es gracia! Moisés pone la pluma sobre el papel en alabanzas para describir la “misericordia”, la “majestad” y la “gracia” de Dios (Sal 90).

Y esta manifestación no se limitó a una sola ocasión para Moisés, porque la gracia está profundamente arraigada en el carácter de Dios. Pasando del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento, leemos que Dios es la fuente y la plenitud de “gracia sobre gracia” (Jn 1:16). Pablo describe la gracia en su función de traer a los pecadores a la vida en Efesios:

Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia ustedes han sido salvados), y con Él nos resucitó y con Él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de Su gracia por Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe, y esto no procede de ustedes, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe (Ef 2:4-9).

La característica clave de nuestra salvación es la gracia y Pablo es apropiadamente redundante en este pasaje para celebrar ese hecho.

Un pasaje tras otro afirma que la gracia es fundamental para el carácter de Dios:

- Es un rey cuyo trono se llama “gracia” (Heb 4:16).
- Es un benefactor bondadoso y misericordioso, que hace que Su gracia “abunde” para Su pueblo (2Co 9:8).
- Él es el Dios de toda gracia (1P 5:10), en marcado contraste con los reyes terrenales que hacen alarde de su posición con un poder frío e inflexible.
- Le encanta mostrarse para “tener piedad de ustedes, y por eso se levantará para tener compasión de ustedes” (Is 30:18).
- Es un rey que no “no apartará Su rostro” porque es “clemente y compasivo” (2Cr 30:9).

Nuestro propio “momento al estilo Moisés” llegó cuando Dios reveló Su gloria en la persona de Su Hijo, una muestra plenamente encarnada de gracia y verdad (Tit 2:11). La vida de Jesús es toda la ayuda visual que necesitamos a través de la cual comenzamos a recibir “gracia sobre gracia” (Jn 1:16). Y, en un último acto de benevolencia, Dios supervisó la muerte de Su propio Hijo llevada a cabo por rebeldes e insurrectos (Ro 3:24-25). En verdad, Él es el Dios de toda gracia.

Pecadores indignos

La belleza de la gracia es que brilla contra el telón de fondo de la oscuridad total. En el caso de los israelitas, una larga historia de obstinada y atroz desobediencia hizo que la bondadosa respuesta de Dios a Moisés fuera aún más sorprendente y magnífica. En nuestro propio caso, nuestra total depravación y rebelión acentúa no solo la necesidad y la profundidad de la gracia, sino también el brillo de la gracia que se nos ofrece.

Podría decirte exactamente dónde estaba parado cuando vi el hermoso diamante que le regalaría a mi esposa, Julie. Había trabajado duro para diseñar una piedra personalizada que representara mi compromiso y pasión por ella. Mi amigo, quien trabaja con diamantes, consiguió la gema y me la trajo con entusiasmo para que la inspeccionara. Salimos ese día soleado.

Con gran expectativa lo vi sacar un paño de terciopelo negro y colocar la piedra sobre él. La piedra refractó todos los colores del arco iris. Brillaba y chispeaba y yo estaba encantado. El diamante era todo lo que esperaba: un regalo apropiado para mi futura novia. Pero su belleza se destacó en el contexto de la oscuridad. La gracia es el diamante reluciente que brilla más en el contexto de la pecaminosidad del hombre.

Para comprender la magnificencia de la gracia de Dios, primero debemos desplegar el telón negro de fondo de nuestro pecado. Esta visión bíblica es imperativa si queremos apreciar la gracia y, más importante aún, disfrutarla plenamente con humildad y gratitud. Sin una evaluación precisa de nuestra terrible situación, la gracia quedaría relegada a un mero accesorio en nuestras vidas, que de otro modo serían cómodas. Y debido a que no comprendemos nuestra indignidad, la apatía marca el corazón de muchos cristianos profesantes.

Usamos la etiqueta “pecador” para implicar la necesidad de perdón, de salvación (Ro 3:23). Sin embargo, la Biblia usa un lenguaje mucho más insultante para describir nuestra condición: “Enemigos de Dios” (Stg 4:4), “alejados y... de ánimo hostil” (Col 1:21), nuestra “mente puesta en la carne [se alza como] enemiga de Dios” (Ro 8:7), e “hijos rebeldes” (Is 30:1). Jonathan Edwards dijo con precisión: “No contribuyes en nada a tu salvación excepto el pecado que la hace necesaria”.

La total falta de mérito del hombre es lo que exalta y magnifica la generosidad de Dios. Nuestra miserable condición subraya Su extravagante respuesta y aumenta nuestra gratitud por Su asombrosa gracia. Phillips Brooks nos recuerda que todos somos receptores indignos de una gracia extravagante: “Quien ha sido tocado por la gracia ya no considerará a los que se desvían como ‘malvados’ o ‘aquellos pobres que necesitan nuestra ayuda’. Tampoco debemos buscar señales de ‘algo que nos haga dignos de amor’. La gracia nos enseña que Dios ama por quién es Dios, no por quiénes somos nosotros”.

La gracia es la generosidad asombrosa e injustificada de Dios que salva a los pecadores rebeldes mediante el don de la salvación y luego los hace crecer en santidad para Su gloria. Los corazones cristianos deben ser conmovidos por la abundante generosidad de Dios hacia Su creación infiel. Y pensar que esta gracia fluye desde el carácter de Dios hacia nuestras vidas necesitadas es simplemente asombroso.

Discusión y reflexión

1. ¿Define lo que es “gracia” en tus propias palabras? ¿Qué hace que sea difícil vivir la gracia?
2. Considera un momento en el que, como Moisés, necesitabas la seguridad de la presencia de Dios en tus circunstancias y, en gracia, Dios te habló a través de Su Palabra.
3. El Salmo 103 afirma que en agradecimiento es bueno “recordar todos sus beneficios” y declarar esos momentos como testimonio de Su gracia a los demás. Comparte esta lista de bendiciones con tu mentor.

Capítulo 2: La gracia que salva

Aunque la gracia es uno de los atributos fundamentales de Dios, los pecadores no encuentran la gracia personalmente hasta la salvación. Sí, existe una gracia común que todas las personas disfrutan. Pero la gracia que nos llevará a una relación eterna con Él está reservada para aquellos a quienes Él ha escogido y justificado (Ro 8:30). Somos despertados para ver, disfrutar y beneficiarnos de la abundancia de la gracia cuando es soplada en nosotros a través de la fe salvadora.

Gracia: De la muerte a la vida y las riquezas eternas

Las grandes historias con frecuencia involucran un arco de pobreza a riqueza, con un dramático giro de suerte. Sin embargo, es la gracia de Dios la que escribe la historia transformadora más dramática jamás contada. Esto es mejor que de la pobreza a la riqueza; es la gracia que da vida a los muertos.

El segundo capítulo de Efesios explica cada historia de salvación como el paso sobrenatural de estar “muertos en [nuestros] delitos y pecados” a tener “vida juntamente con Cristo”. Como pecadores, sin esperanza ni vida, somos elevados del malvado y tortuoso dominio del diablo a las alturas de la gloria celestial y sentados con Cristo en los lugares celestiales (Ef 2:1, 2, 6). El autor y agente de esta transformación son “las sobreabundantes riquezas de Su gracia por Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Ef 2:7). Somos salvos por gracia por medio de la fe, y esa gracia y fe son regalos de Dios (Ef 2:8). Nuestras obras e intentos fallidos de justicia no contribuyen más que a un endeudamiento más profundo y una condenación mayor (Ef 2:9). Pero la gracia es el conducto a través del cual viaja la fe salvadora y entrega la salvación a los pecadores que no la merecen (Ef 2:8-9). Todas las almas languidecen en necesidad de la gracia de Dios en virtud de su total bancarrota espiritual. No tenemos nada que ofrecerle para que nos exalte al redimirnos. Necesitamos la generosidad de Su gracia para superar nuestra incapacidad y liberarnos para la salvación.

En los primeros días de la floreciente iglesia, el concilio de Jerusalén pronunció claramente: “Creemos más bien que somos salvos por la gracia del Señor Jesús” (Hch 15:11). La salvación se entrega a los pecadores como una expresión de la insondable compasión de Dios y gracia en la persona, vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

Eso es precisamente lo que Pablo afirma en Romanos 5:20, que la gracia abunda y abruma todo pecado para el pecador arrepentido. A través de Su gracia, Dios puede salvar para siempre (Heb 7:25). Spurgeon pinta un cuadro de la gracia y sus muchos dones salvadores:

Observa con adoración la fuente de nuestra salvación que es la gracia de Dios. Por gracia son salvos. Debido a que Dios es misericordioso, los hombres pecadores son perdonados, convertidos, purificados y salvos. No es por algo que haya en ellos, o que alguna vez pueda haber en ellos, que son salvos, sino por el amor, la bondad, la piedad, la compasión, la misericordia y la gracia ilimitados de Dios.

La gracia es un regalo

Para la Navidad de 1978, me regalaron un Halcón Milenario, quizás el regalo más grande que jamás haya recibido. Recuerdo volar ese carguero ligero YT-Correliano por nuestro apartamento imaginando la imposibilidad de navegar por Kessel Run en menos de doce pársecs. El radar, la rampa, la cabina, Han y Chewie: todas las sensaciones de uno de los mejores regalos de Navidad de todos los tiempos. Pero en cierto modo, es posible que haya merecido ese regalo. Yo era un hijo obediente y amado que confiaba que no recibiría carbón en mis medias y había soñado con la probable posibilidad de recibir algo espectacular.

Y eso es lo que hace que la gracia de la salvación sea exquisita. La gracia electora no deja lugar a ninguna expectativa basada en quién soy o lo que he hecho. Un regalo sorprendentemente generoso, completamente inesperado y absolutamente inmerecido: ni siquiera teníamos el deseo de recibir el regalo como lo tuve yo esa Navidad por lo que recibí. Toda la salvación, incluido el deseo de ella, es parte del don de la gracia (Ro 3:10-12). Pablo acentúa la libertad de la dispensación de la gracia de Dios cuando dice que somos “justificados gratuitamente por Su gracia” (Ro 3:24; 4:4). La salvación incluye el “don [gratuito] de la justicia” (Ro 5:17). La justificación no solo nos salva de la justa ira de Dios, sino que incluye el don de la justicia de Cristo (2Co 5:21). Y además de la justicia de Cristo, ahora también somos herederos de la vida eterna, “para que justificados por Su gracia fuéramos hechos herederos según *la* esperanza de la vida eterna” (Tito 3:7). La amplitud de este don de gracia es incomprensible.

Dado que estamos entrenados para contribuir con algún mérito, pedigrí o justicia propia, Pablo se apresura a resaltar que la gracia no está asociada con las obras de la ley: “Si es por gracia, ya no es a base de obras, de otra manera la gracia ya no es gracia” (Ro 11:6). Dios hace que la salvación sea inaccesible fuera de Su don de gracia, para que nadie pueda jactarse sino en Él (1Co 1:30-31). Dios protege Su gracia de cualquier actitud de querer ayudar por parte del pecador. El don de la salvación no es una elección por esta razón. Derek Thomas afirma estridentemente: “Si crees que la salvación es tu elección, ten el coraje y la convicción de presentarte ante Dios y decirle que te gustaría dejar de agradecerle y agradecerte a ti mismo”.

Y el regalo continúa

Incomprensiblemente, muchos cristianos suponen que la gracia que los llevó a la salvación ya ha hecho su trabajo y que no es útil en la práctica. Están contentos de haber tenido la transformación de “muerte a vida”, pero ahora deben encontrar una manera de aguantar el resto de la vida. Pero eso es una grave subestimación de la trayectoria de la gracia en la vida de un creyente. Para ser justos, mucho de lo que está escrito en la literatura cristiana pone mucho énfasis en la gracia salvadora y se centra menos en la gracia acrecentadora.

Pero la gracia de Dios salva y guarda. El cristiano obtiene acceso a Dios por gracia (el don de la gracia salvadora) y recibe poder perpetuo al permanecer (gracia acrecentadora). La gracia facilita el florecimiento que las Escrituras describen como “vida... *en* abundancia” (por ejemplo, Juan 10:10). Esto es lo que el apóstol Pablo tiene en mente cuando vincula el don de la fe con el crecimiento que da la fe: “Porque si por la transgresión de un hombre, por este reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por medio de un Hombre, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia” (Ro 5:17). Pablo diferencia ingeniosamente entre la bondad de Dios para salvar (“don de la justicia”) de la abundancia de la gracia para el crecimiento (“reinarán en vida”).

La Biblia normalmente no usa términos para separar el don de la gracia salvadora de la gracia acrecentadora, ya que se considera un depósito cohesivo de la generosidad de Dios: gracia para salvar y gracia para santificar. El mismo don de la gracia salvadora y la gracia acrecentadora comienza y sostiene la vida del cristiano hasta llevarlo a la gloria. Pablo imagina una vida de gracia reinando en abundancia (Ro 5:17; 6:14-19). Incluso reprende al lector por intentar crecer fuera de la gracia dada a través de la obra del Espíritu Santo: “¿Tan insensatos son? Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿van a terminar ahora por la carne?” (Ga 3:3).

Qué bondad de Dios al extender la garantía de la salvación hasta el final de la vida del creyente mientras navega por las complejidades de vivir digno del evangelio en un mundo caído. Comprender esta gracia de crecimiento es esencial para vivir una vida para la gloria de Dios.

Discusión y reflexión

1. Piensa y escribe las profundidades de tu bancarrota e indignidad. Considera Marcos 7:20–23; Romanos 1:29–32; Efesios 2:1–3 y 4:17–19. Antes de Cristo, ¿cómo representaban tu corazón las palabras de estos versículos? ¿Cómo la estimación de nuestra indignidad impulsa nuestra pasión por lo que Él nos ha provisto?
2. Considera los muchos dones de gracia de salvación que Dios da. Lee Romanos 3 – 8 y Efesios 1 – 3 para descubrir estos maravillosos dones de la gracia salvadora y

dedica algún tiempo a hacer una lista de todo lo que Dios bondadosamente da en la salvación.

Capítulo 3: El crecimiento de la gracia

Evidentemente no todos los regalos son iguales. Varían en tamaño y forma, lo que da un misterioso deleite a la mañana de Navidad. Lo mismo se aplica a nuestra experiencia de la gracia como cristianos; también varía en forma y tamaño.

Lo que plantea dos preguntas:

- ¿Todos los cristianos tienen acceso a la misma cantidad de la gracia de Dios?
- ¿Todos los cristianos experimentan la misma porción de gracia de Dios?

Las Escrituras responden a esto con un claro “sí” a la primera pregunta; y la respuesta a la segunda es “no”. Déjame explicar. Una de las distinciones importantes entre el don de la gracia y la gracia acrecentadora es la manera en que se reciben. El don de la gracia, o gracia electiva, se entrega al pecador que es elegido por Dios (Ef 1:4-5); La gracia acrecentadora (en su profundidad y amplitud) es elegida o perseguida por el creyente (1P 4:10). Y en la medida en que un creyente desee, busque y practique los medios de gracia, será lleno, y lleno hasta rebosar.

No todos los cristianos acceden a la misma porción de gracia de Dios. Considera la idea de que los cristianos pueden aumentar su experiencia de la gracia de Dios. Piénsalo. Eres capaz de crecer y mejorar tu experiencia de la gracia de Dios, no solo una comprensión más profunda, sino una experiencia más grandiosa, una mayor cantidad (Stg 4:6) y una mayor calidad (2Co 9:8) de su magnífica generosidad.

De hecho, Pedro claramente nos ordena crecer en la gracia y el conocimiento del Señor Jesucristo (2P 3:18). Los cristianos están llamados a nutrir y desarrollar su experiencia y disfrute de la gracia de Dios. Habiendo definido la grandeza de la gracia salvadora, este capítulo explica el concepto de gracia acrecentadora y cómo la cultivamos.

El privilegio de crecer en la gracia de Dios

El creyente debe ver la gracia salvadora como el primero de muchos dones de gracia. La gracia salvadora es la puerta por la que pasan los cristianos para luego caminar diariamente por el camino de la gracia. Sin comprender esta visión más completa de una vida de gracia, un creyente limitará su experiencia de la generosidad ilimitada de Dios. El don de la gracia sirve para un momento (el momento de la conversión) y un propósito (justificarnos ante Dios). Sin embargo, la gracia de Dios es maravillosamente expansiva: un don destinado a llegar a cada parte y momento de la vida del creyente.

Varios versículos resaltan la verdad de que los cristianos pueden cultivar la cantidad de gracia que experimentan en la vida. Pedro concluye su segunda epístola con una bendición: “Creczan en la gracia y el conocimiento de nuestro

Señor y Salvador Jesucristo” (2P 3:18). Nuestras vidas están destinadas a estar llenas de la abundancia de la gracia que ha sido prodigada sobre nosotros (Ro 5:17; Ef 1:8). A través de nuestras diversas necesidades y limitaciones, “Dios puede hacer que toda gracia abunde” (2Co 9:8).

Entonces, consideremos estos dos aspectos de la gracia: el don de la gracia salvadora y la gracia acrecentadora.

El don de la gracia salvadora y la gracia acrecentadora

Uno de los grandes malentendidos acerca de la gracia es que es un don estático. La verdad es que la gracia es una fuerza extraordinaria y dinámica. Está disponible en la medida en que el creyente desee utilizarlo.

Consideremos diferentes funciones de la gracia salvadora y la gracia acrecentadora.

Gracia salvadora	Gracia acrecentadora
Gracia que salva	Gracia que cultiva
Gracia que perdona	Gracia que sirve
Gracia que transforma	Gracia que produce

El don de la gracia es un acto salvador único de la generosidad soberana de Dios. Los cristianos disfrutan de la misma cantidad y calidad de gracia en el don de la salvación. Basado en el mérito de Cristo y en la fortaleza inexpugnable de la justificación solo por la fe, el seguidor de Cristo es salvo para una vida de gracia (Ro 3:24). Como se mencionó anteriormente, el don de la salvación implica una multitud de gracias (por ejemplo, perdón, adopción, redención, limpieza, Espíritu Santo, dones espirituales, etc.). El don de la gracia es una expresión extravagante y gloriosa de la generosidad de Dios hacia los pecadores que no la merecen y se da en la misma medida a todos los que la reciben. Todo el mérito es de Cristo; toda la gloria es de Dios (2Co 5:21).

Sin embargo, lo que estamos aprendiendo en esta guía práctica es que la gracia acrecentadora incluye el privilegio de cada día, cada hora, la provisión de generosidad para cada necesidad de la vida (2Co 9:8-15). La gracia acrecentadora es la gracia que sostiene y guarda, permitiendo al creyente establecerse y dar fruto para la gloria de Dios. La gracia acrecentadora es gracia que obra, corre y fortalece una vida recta y un esfuerzo santo.

Las implicaciones de ambas gracias son vastas y maravillosas. Dios en Su gracia salva a los pecadores, sometiendo su rebelión mediante el reino de la justicia de Cristo. Luego, como si esa generosidad (un perdón inmerecido y una promesa del cielo) no fuera suficiente, Dios coloca al alma convertida bajo el gobierno de la

gracia (Ro 5:17). Esa regla de la gracia lleva al cristiano por el camino de la santificación.

Santificación: Cooperar con Dios en el crecimiento de la gracia

La santificación progresiva enseña que los cristianos crecen en su fe y fidelidad a medida que maduran en Cristo (Col 1:28; Ef 4:14-16). En muchos sentidos, este crecimiento es el crecimiento de la gracia. La gracia es una fuerza catalítica que mueve, crece y motiva al cristiano a honrar y servir a Dios (Tit 2:11-14).

La gracia de Dios es un poder dinámico que salva para reinar en la vida del cristiano. La salvación en el don de la gracia de Dios (Ro 5:20) conduce al establecimiento de la gracia acrecentadora (Ro 5:21). La gracia vence al pecado para justificar (Ro 5:1) y santificar (Ro 6:15-18).

El cristiano tiene el privilegio de funcionar bajo el poder, la autoridad y la influencia santificadora de la gracia. La ley ya no tiene dominio (Ro 6:14). Las garras de la ley ya no dominan al cristiano. Ahora tenemos libertad para servir a Dios y a los demás (Ga 5:13). El Catecismo de Westminster lo expresa bien cuando dice: “La santificación es la obra de la gracia gratuita de Dios, por la cual somos renovados en la totalidad del hombre a la imagen de Dios, y somos capacitados cada vez más para morir al pecado y vivir para la justicia”.

Habiendo establecido las distinciones entre gracia salvadora y gracia acrecentadora, queremos resaltar la hermosa dinámica en la que la gracia salvadora nos elige y nosotros elegimos la gracia acrecentadora. Elegir la gracia acrecentadora requiere un esfuerzo cooperativo entre los recursos del Espíritu Santo y la voluntad de esforzarnos en usarlos (1Co 15:10). La gracia de Dios tiene una cualidad desarrollable, donde el creyente puede madurar y disfrutar más de Su gracia. Administrar esa gracia es el próximo desafío: descubramos formas prácticas de crecer en gracia.

Discusión y reflexión

1. ¿Cuáles son algunas maneras en que podríamos descuidar la experiencia de la gracia de Dios en nuestras vidas?
2. ¿Cómo reciben los cristianos la gracia salvadora de Dios?

Capítulo 4: Diez maneras de crecer en gracia

La belleza de la gracia ha sido iluminada. En el contexto de nuestro pecado y junto al creyente en crecimiento, la gracia ha salvado y guiado. Pero muchos cristianos tienen una visión inadecuada de la gracia de Dios en términos de santificación y producción de frutos. En consecuencia, esos creyentes tienen una experiencia limitada con la gracia de Dios. Los cristianos están diseñados para recibir la gracia de Dios, responder a la gracia de Dios y ver su eficacia aumentar en la vida diaria.

Dios te ordena, creyente, que crezcas en gracia. Estas diez actividades ofrecen al cristiano el gozo de maximizar su experiencia de la gracia. Esforcémonos por crecer en gracia a través de estos diez estímulos.

1. Ser mayordomo de la gracia de Dios

Los cristianos deben darse cuenta de que Dios les ha dado la gracia para ejercer mayordomía con el propósito de utilidad y beneficio. Parece que Pedro era especialmente consciente del privilegio del crecimiento en gracia. En su primera epístola ordena a los creyentes: “Según cada uno ha recibido un don *especial*, úselo sirviéndose los unos a los otros como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1P 4:10). La “gracia variada” en este pasaje no se refiere a la cantidad, sino más bien a los diferentes dones que Jesucristo da soberanamente (Ef 4:7). El concepto notable aquí es el llamado a los cristianos a “administrar” o “ejercer mayordomía” de la gracia de Dios. La gracia acrecentadora incluye nuestra acción y desarrollo mientras buscamos “avivar el fuego” del don de Dios que hemos recibido (2Ti 1:6).

A los mayordomos de la gracia se les ha dado un tesoro para que lo supervisen, con cuidadosa deliberación, con el propósito de animar y bendecir a otros. Esto no es una sugerencia o una adición a nuestra ocupada vida: es nuestra vida. Dios realmente ha abrumado a cada creyente con una amplia gama de talentos, habilidades y recursos. Un área específica donde los creyentes son llamados a administrar la gracia de Dios es con los dones espirituales diseñados para cada creyente.

Charis es la palabra del Nuevo Testamento para gracia. Los dones de gracia de Dios (*charismata*) incluyen los dones espirituales. Efesios 4:7 dice: “Pero a cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia conforme a la medida del don de Cristo”.

Considera tu combinación completa de regalos. Todo cristiano tiene cinco fuentes de dones:

- 1) Dones naturales desde el nacimiento (aptitudes innatas)
- 2) Experiencias y aprendizajes en la vida (dónde viviste, idioma estudiado)

- 3) Habilidades desarrolladas para la vida (tocar un instrumento, logros en el servicio)
- 4) Habilidades profesionales desarrolladas (formación y logros)
- 5) Dones espirituales (enseñanza, estímulo, generosidad, liderazgo, etc.)

Considera los muchos dones que se te han dado (y cada creyente, sin excepción, es el receptor de dones espirituales) y busca con fervor formas y lugares donde esos dones puedan bendecir y servir a otros para la gloria de Dios (Ro 12:6-8). Cristiano, estás llamado a gestionar eficazmente la plenitud de la vasta y maravillosa gracia de Dios. Dios ha colmado a cada creyente con una variedad de dones. Disfruta de la plenitud de los dones de Dios administrándolos.

2. Disfruta de la inmensidad de la gracia de Dios

Los cristianos deben considerar la naturaleza ilimitada de la gracia de Dios: la inmensa maravilla y el asombroso alcance de Su generosidad. Como administradores de la gracia de Dios, los cristianos deberían disfrutar de la imposible tarea de intentar cuantificarla.

Pablo lo dice de esta manera: “A fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de Su gracia por Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia ustedes han sido salvados... es un don de Dios” (Ef 2:7-8). Cuando consideras Su creación, los océanos masivos, las galaxias del espacio, las complejidades de miles de millones de moléculas y átomos en una sola criatura, ¿puedes imaginar la extensión de Su gracia que no tiene limitaciones ni fronteras?

Anteriormente en el mismo libro, Pablo habló de la gracia ilimitada disponible para el cristiano, “para alabanza de la gloria de Su gracia que gratuitamente ha impartido sobre nosotros en el Amado... según las riquezas de Su gracia que ha hecho abundar para con nosotros” (Ef 1:6-8). La palabra “abundar” significa “hermosamente desenfrenado, ilimitado y extravagante”.

Spurgeon destaca la gloria expansiva de la gracia de Dios: “¡Qué abismo es la gracia de Dios! ¿Quién podrá medir su amplitud? ¿Quién puede sondear su profundidad? Como todo el resto de sus atributos, es infinito”. Toda gracia está disponible para el cristiano humilde y hambriento (2Co 9:8).

3. Permanecer en la gracia

La gracia es el fundamento del cristiano. Es el comienzo del viaje y el poder para nuestra vida espiritual continua, realizada a través del Espíritu Santo (Ro 3:24; Jn 1:16). Pedro termina su primera epístola con un aliento entusiasta de que “el Dios de toda gracia, que los llamó a Su gloria eterna en Cristo, Él mismo los perfeccionará, afirmará, fortalecerá, y establecerá. A Él sea el dominio por los siglos

de los siglos. Amén” (1P 5:10- 11). Inmediatamente, exhorta a Silvano a permanecer en la verdadera gracia de Dios (5:12). Dios nos está estableciendo en la gracia, y debemos elegir deliberadamente permanecer en la gracia que Dios ha provisto. Aquí está la hermosa sinergia de la santificación (Fil 2:12-13; Jud 21).

Permanecer requiere establecer y mantener una posición fija. La vida del cristiano debe estar arraigada y cimentada en la gracia de Dios. Los cristianos disfrutan del privilegio de continuar en Su gracia (Hch 13:43).

¿Qué significa permanecer en la gracia?

- 1) Reconocer que Dios fue el autor de nuestra salvación por Su gracia
- 2) Dependere de Su gracia para provisión y poder
- 3) Seguir los caminos de la gracia de Dios
- 4) Evitar la corrupción del mundo.

Busca las corrientes de la gracia de Dios, incluidas las disciplinas espirituales, la Palabra de Dios, el fruto del Espíritu y la inversión en la iglesia local. Evita la contaminación del mundo, incluidas las concupiscencias, los deseos carnales y los entretenimientos mundanos, etc. (2Ti 2:22).

La vida del cristiano debe estar arraigada y cimentada en la gracia de Dios, lo que significa que reconocemos a Dios y lo alabamos continuamente a medida que avanzamos de gracia en gracia (Jn 1:16). Nuestras experiencias se entienden repetidamente, ya sea en sufrimiento o éxito, como una gracia en exhibición.

Ejercicio: Identifica las disciplinas espirituales que necesitas mejorar para estar mejor establecido en la gracia de Dios. Habla con tu mentor sobre cómo desarrollar hábitos bíblicos más profundamente arraigados.

4. Humillarse para obtener más gracia

El don de la gracia llega cuando un pecador arrepentido reconoce su orgullo y autosuficiencia ante un Dios santo (Mr 1:15). Esa postura de humildad también es necesaria para el cristiano que desea vivir una vida digna del evangelio (Ef 4:1-2). La humildad es el conducto a través del cual la gracia fluye libremente en la vida de un creyente (1P 5:6). No puede haber competencia en el corazón de un creyente por el trono que pertenece al Rey. Si el Señor decide exaltarnos, a Él le corresponde elegir cuándo y cómo; cualquier otra prioridad es idolatría. Nuestra naturaleza pecaminosa deseará continuamente mejorar nuestro estatus y éxito, y un creyente está atento a esos instintos y ansioso por devolver la gloria desplazada a su legítimo dueño. El orgullo mata la gracia, pero “el SEÑOR levanta a los caídos” (Sal 146:8). No es solo una inclinación pecaminosa la que debe ser controlada; el orgullo debe ser erradicado rutinaria y agresivamente de la vida de un creyente que desea crecer en la gracia (1P 5:5).

Dios da mayor gracia al cristiano humilde. Considera Santiago 4:6: “Pero Él da mayor gracia. Por eso dice: ‘DIOS RESISTE A LOS SOBERBIOS, PERO DA GRACIA A LOS HUMILDES’”. ¡Qué afirmación tan notable: ¡mayor gracia! ¿Cómo es que un creyente tiene acceso a una mayor cantidad de la gracia de Dios? La respuesta es a través del humilde reconocimiento de nuestras necesidades y limitaciones. La cercanía de Dios y Su gran gracia es para aquellos que se distancian del pecado en arrepentimiento (Stg 4:8-9). La postura humilde de contrición y duelo atrae la atención de Dios, tal como dice Isaías: “Pero a éste miraré: Al que es humilde y contrito de espíritu, y tiembla ante Mi palabra” (Is 66:2).

Isaías acentúa aún más el cuidado particular de Dios por el creyente humilde:

Porque así dice el Alto y Sublime que vive para siempre, cuyo nombre es Santo: “Yo habito en lo alto y santo, y también con el contrito y humilde de espíritu, Para vivificar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los contritos” (Is 57:15).

¡Qué gracia extraordinaria debe ser recibida y buscada: la presencia íntima y el avivamiento del Espíritu de Dios! Las Escrituras enseñan consistentemente que la gracia de Dios llega a aquellos que son dependientes y humildes (Mt 5:8). La atención de Dios no se centra en el destello y la arrogancia de nuestra postura terrenal, sino en un corazón humilde y contrito que es honesto con los fracasos y las deficiencias y está deseoso de arrepentirse. Como el recaudador de impuestos abatido y contrito, que clama desesperadamente pidiendo misericordia, así Jesucristo elogia a los que se humillan (Lc 18:13-14).

Pedro también argumenta: “Revístanse de humildad en su trato mutuo, porque DIOS RESISTE A LOS SOBERBIOS, PERO DA GRACIA A LOS HUMILDES” (1P 5:5). Entonces, si bien el don de la gracia es una dispensación única para todos, la gracia acrecentadora varía según la elección intencional del creyente de humillarse.

Con sorprendente repetición, las Escrituras ordenan al creyente que se humille (por ejemplo, Santiago 4:10). Jesucristo dice: “Porque todo el que se engrandece, será humillado; y el que se humille será engrandecido” (Lc 14:11) Estos llamados bíblicos ordenan repetidamente a los creyentes que se humillen “a sí mismos” (1P 5:5-6). Esto se llama acción reflexiva, o una acción que el cristiano debe realizar consigo mismo. Tenemos una tendencia carnal a ser autorreferenciales, autocomplacientes y autoengrandecedores (Pro 16:18). Y como el enemigo es sutil, es posible que incluso no nos demos cuenta de esa predisposición dentro de nosotros. Nuestra rebelión comenzó con una semilla de orgullo y es difícil no rastrear todos los pecados y encontrar el orgullo en su raíz (Ab 3)

Es el claro testimonio de las Escrituras que cuando el seguidor de Cristo adopta una postura de humildad, la atención de Dios queda cautivada y la gracia tiene espacio

para moverse libremente en su vida. Phillip Brooks lo describe bellamente: “La gracia, como el agua, fluye hasta la parte más baja”. Oh, si anheláramos la humildad y dejáramos espacio para que la gracia nos llenara.

5. Aprender las lecciones de la obediencia llena de gracia

Para mucha gente, la gracia es sinónimo de licencia, de ser amable o incluso de transigir. Sin embargo, la gracia, entendida bíblicamente, promueve la justicia y odia el pecado. Persigue la obediencia y el honor. La gracia promueve la piedad y el odio a la mundanalidad. Entonces, en lugar de que la gracia dé espacio para coquetear con el mundo, la gracia nos enseña a renunciar a las concupiscencias.

Las palabras de Pablo nos informan acerca de la influencia poderosa y santificadora de la gracia de Dios:

Porque la gracia de Dios se ha manifestado, trayendo salvación a todos los hombres, enseñándonos, que negando la impiedad y los deseos mundanos, vivamos en este mundo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Cristo Jesús. Él se dio por nosotros, para REDIMIRNOS DE TODA INIQUIDAD y PURIFICAR PARA SÍ UN PUEBLO PARA POSESIÓN SUYA, celoso de buenas obras (Tit 2:11-14).

La gracia entrena al cristiano para:

- 1) Renunciar a la impiedad
- 2) Rechazar la mundanalidad
- 3) Ser autocontrolado
- 4) Perseguir la justicia y la piedad
- 5) Amar las buenas obras

Éste es el poder de la gracia acrecentadora.

Es notable que la implicación principal de vivir bajo el dominio de la gracia (Ro 5:17; 6:14) es que los cristianos deben someterse a una vida obediente. De hecho, cuando la gracia gobierne en nuestras vidas, presentaremos cada parte de nuestras vidas como siendo esclavos de la justicia (Ro 6:18). Esa dedicación promoverá la santificación y conducirá a la vida eterna.

Quizás en nuestros momentos más débiles hemos pedido gracia a los demás para pasar por alto una falta, pero esto es una mala aplicación de su función. En lugar de entender la gracia como simplemente un “pase” para hacer mal o incluso una licencia para continuar en el pecado, se debe entender como el combustible que nos impulsa a la santidad. John Piper ha dicho vehementemente: “La gracia es poder, no solo perdón”. Mucho más allá de la suposición de que la gracia da terreno

para ciertas concesiones, más bien, la gracia cultiva un hambre de santidad y obediencia.

Ejercicio: Habla con tu mentor sobre áreas de la vida que requieren mayor atención y niveles más elevados de rectitud y obediencia. ¿Dónde quiere Dios que experimentes más de Su gracia purificadora?

6. Encontrar tu fuerza en la gracia de Dios

En una cultura obsesionada con la búsqueda de la identidad, el creyente lleno de gracia sabe exactamente quién y de quién es. La sociedad psicologizada de hoy es contraria a cualquier cosa que pueda subrayar un sentimiento de enfermedad, debilidad o culpa. Nuestra cultura nos dice que huyamos de esas cosas. La seguridad es la prioridad de nuestra cultura individualista y de autoprotección. Por el contrario, el creyente celebra su condición humilde, comprende que “Su poder se perfecciona en la debilidad” y se encuentra en la realidad de su pecado, vergüenza, defectos y sufrimiento cubierto por un Salvador misericordioso (2Co 12:9-12). El creyente es fortalecido por la gracia ya que proporciona todo lo que nos falta en sabiduría, paciencia, perseverancia y esperanza (2Ti 2:1).

La gracia es una ayuda oportuna para el creyente (2 Cor. 9:8). Testimonios fieles de esto se encuentran en las vidas de hombres y mujeres como Elisabeth Elliot, John Paton, Ridley y Latimer y Amy Carmichael. Muchos santos bebieron profundamente del pozo de la gracia para sostenerlos en su sufrimiento y permitirles incluso regocijarse en el dolor. La epístola de 1 Pedro sirve como un manual dinámico para el cristiano que enfrenta pruebas. Cada capítulo incluye un pasaje para instruir a sus lectores sobre cómo navegar las tormentas, no solo para sobrevivir, sino también para la santificación. Si creemos que todas las circunstancias fluyen de la mano amorosa y de la providencia de Dios, podemos estar seguros de que tendremos ayuda para ser firmes, fortaleza para perseverar y consuelo para descansar.

Sin la gracia, nuestro sufrimiento parecerá inútil, nuestra confianza puede flaquear y nuestra esperanza se extinguirá. La gracia mantiene todas las verdades de Cristo en nuestro corazón, en nuestra mente y en nuestra memoria al recordar Su fidelidad inquebrantable. Cristiano, recuerda que es el Dios de toda gracia quien te sostiene en medio de la prueba (1P 5:10).

Samuel Rutherford, un reformador escocés que conocía bien las pruebas, dice brevemente: “La gracia crece mejor en invierno”. No desprecies tus dificultades. Nuestras debilidades son las manos abiertas en las que Dios pone Su gracia incomparable. Reconoce que tus debilidades son vasos vacíos para que Él los llene hasta rebosar (2Co 9:8).

El autor de Hebreos destaca la gracia que está disponible desde el trono de la gracia: “Acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna” (Heb 4:16).

Quizás no haya mayor promesa que aliente al alma atribulada como 2 Corintios 9:8: “Y Dios puede hacer que toda gracia abunde para ustedes, a fin de que teniendo siempre todo lo suficiente en todas las cosas, abunden para toda buena obra”. ¡Qué extraordinario alcance y amplitud de gracia está disponible para ti! La clave es tu disposición a reconocer tu necesidad y buscar humildemente Su ayuda en oración. D. L. Moody resume significativamente la postura del cristiano que recibe la plenitud de la gracia acrecentadora de Dios: “Un hombre no recibe gracia hasta que desciende a la tierra, hasta que ve que necesita gracia. Cuando un hombre se inclina hasta el polvo y reconoce que necesita misericordia, entonces el Señor le dará gracia”.

7. Hablar con entusiasmo la palabra de gracia

El evangelio es la palabra de gracia. En el sermón final de Pablo a los ancianos de Efeso, les dijo: “Pero en ninguna manera estimo mi vida como valiosa para mí mismo, a fin de poder terminar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio solemnemente del evangelio de la gracia de Dios” (Hch 20:24). El evangelio de la gracia de Dios es un mensaje de Su generosidad hacia la humanidad que no la merece. Deberíamos estar igualmente ansiosos de vivir y predicar el evangelio de la gracia. Más tarde, Pablo simplemente se refiere al evangelio como “la palabra de Su gracia” (Hch 20:32). En Gálatas, “la gracia de Cristo” se usa como sinónimo de “el evangelio de Cristo” (Ga 1:6-7). Además, Pablo ordena hablar solo palabras que proporcionen gracia para la necesidad del momento (Ef 4:29).

8. Trabajar por la gracia de Dios

Lo que Pablo dice en 1 Corintios 15 puede cambiar nuestra comprensión del poder y el valor de la gracia. Pablo escribe: “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y Su gracia para conmigo no resultó vana. Antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí” (1Co 15:10). Reconoce humildemente que la gracia es la razón por la que algo bueno y redentor ha ocurrido en su vida. Y reconoce que la gracia fortaleció en él este impulso de trabajar. De hecho, dijo que la gracia le hizo trabajar “mucho más que todos ellos”. La gracia motivó a Pablo a trabajar vigorosamente para el Señor.

Para muchos cristianos, el trabajo espiritual es una tarea monótona, algo que debe evitarse enérgicamente. El don de la gracia salvadora debe conducir a una vida

dedicada al trabajo y al servicio (Ef 2:10). Para Pablo, cuidar de los demás era la cúspide de su vida (2Co 12:15). Dedicó todas sus energías y esfuerzos al progreso del evangelio para poder participar más y más significativamente en el evangelio de la gracia (1Co 9:23). La gracia procede de Dios para “REDIMIRNOS DE TODA INIQUIDAD y PURIFICAR PARA SÍ UN PUEBLO PARA POSESIÓN SUYA, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Las buenas obras surgen de la dependencia de la gracia suplidora de parte de Dios.

Es el poder del Espíritu el que da energía a la obediencia (Col 1:29). La obra obediente del cristiano no es una actuación voluntaria para pagarle a Dios por la salvación. La obra cristiana es una aventura de dependencia y endeudamiento cada vez más profundos con Su gracia para que Su fruto pueda producirse en nosotros (Jn 15:7-8).

La gracia fomenta el trabajo. Sigue el impulso de Su gracia y esfuérzate, no con el propósito de ganarte el amor de Dios, sino como respuesta al amor que Dios te ha dado, trabaja para Sus propósitos y disfruta la emoción de funcionar por Su poder (Jn 15:5).

9. Tratar a los demás según el principio de la gracia, no del mérito

Las instrucciones de Cristo acerca de amar a nuestros enemigos escandalizaron a la élite religiosa. Lucas 6:27-36 reúne las enseñanzas de Jesús sobre cómo tratar a quienes parecen no merecerlo. Comienza con la discordante orden “amen a sus enemigos” y completa su lección con “Él es bondadoso para con los ingratos y perversos. Sean ustedes misericordiosos, así como su Padre es misericordioso” (Lc 6:35-36).

La capacidad del cristiano para amar a las personas que no lo merecen se deriva de una vida llena de la gracia. La palabra “gracia” aparece tres veces en este pasaje de las enseñanzas de Cristo, pero se traduce de una manera inusual. Cristo pregunta a sus seguidores sobre el “mérito” (6:32-33) de amar a los que te aman, y “si prestan a aquellos de quienes esperan recibir, ¿qué mérito tienen?” (6:34)? Nuestras vidas han sido cambiadas por la misericordia y la gracia; debemos compartir esa gracia con los demás, incluso con aquellos que puedan parecer indignos a nuestros ojos.

En otras palabras, cuando amas a quienes quizás no te correspondan, demuestras que tu vida ha sido abrumada por la gracia y que tienes generosidad para dar a los demás sin esperar una recompensa. Cuando los cristianos funcionan a partir del profundo pozo de la gracia recibida, Dios es honrado y se prepara la recompensa (Lc 6:35-36).

Ejercicio: Considera tres personas en tu vida que deberían recibir más gracia de tu parte. Es probable que los estés tratando según lo que crees que merecen. Reconsidera tu trato hacia estos candidatos a la gracia.

10. Someterse al reino de la gracia de Dios

¡Qué soberano tan misericordioso el que se sienta en el “trono de la gracia” (Heb 4:16)! La naturaleza y los impulsos de Dios hacen que Él gobierne con gracia, de modo que los creyentes tengan el privilegio y la bienvenida a vivir todos nuestros días bajo el dominio de la gracia.

Pablo nos llama a darnos cuenta del enorme privilegio que es vivir bajo este reinado: “Porque si por la transgresión de un hombre, por este reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por medio de un Hombre, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia” (Ro 5:17).

Debido a que la gracia de Dios en Cristo por Su Espíritu ha neutralizado el poder y el efecto del pecado, un creyente es libre de seguir una vida con una comisión decidida. Vivir bajo el gobierno de la gracia permite al cristiano, que fuera de Cristo es rehén de sí mismo, servir a la justicia con devoción y vigor (Ro 5:21; 6:6). Y finalmente, “el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, pues no están bajo la ley sino bajo la gracia” (Ro 6:14).

La santidad ahora se convierte en la principal búsqueda, objetivo y recompensa. La obediencia impulsada por la gracia rechaza la carga de la ley y disfruta de la libertad comprada por Cristo. La gracia de Dios marca el comienzo de la capacidad de perseguir nuestro diseño y propósito originales. ¡Es el eco glorioso del Edén!

Discusión y reflexión

1. Si estás en una época de prueba significativa, lee 1 Pedro y enumera las verdades sobre el sufrimiento en cada capítulo y cómo esas verdades deberían impactar tu sufrimiento.
2. ¿Quién en tu vida necesita que se les exprese el evangelio de la gracia en palabras y de hecho? Habla con tu mentor sobre un plan para extender el mensaje salvador de Su gracia.
3. ¿Qué buenas obras deberías realizar por la gracia de Dios? ¿Dónde deberías ofrecer más de tu tiempo y energía?
4. ¿Qué áreas de tu vida pueden seguir siendo rehenes de la ley en lugar de ser liberadas por la gracia (áreas en las que vives para ganarte el favor de Dios, en lugar de vivir en respuesta a él)? ¿Cómo deberías presentar tu vida más fielmente a Dios como instrumento de justicia?

Conclusión

Dios busca derramar abundantemente la plenitud de Su gracia en la vida de cada cristiano. La gracia es la generosidad asombrosa e injustificada de Dios hacia los pecadores; salva a los rebeldes a través de un don y luego los hace crecer en santidad para la gloria de Dios. Si bien es sorprendente que Dios encomiende Su gracia para salvarnos, es imperativo que el cristiano se dé cuenta de la plenitud de la gracia ordenada para llenar sus días. La bondad expansiva del don de la gracia salvadora y la grandeza de la gracia acrecentadora son ambas ofrecidas gratuitamente por Dios en Cristo.

Martyn Lloyd-Jones resume la gloria de la gracia con estas palabras:

Es gracia al principio y gracia al final. De modo que cuando tú y yo nos acostemos en nuestro lecho de muerte, lo único que debería consolarnos, ayudarnos y fortalecernos es lo que nos ayudó al principio. No lo que hemos sido, no lo que hemos hecho, sino la gracia de Dios en Jesucristo nuestro Señor. La vida cristiana comienza con gracia, continua con gracia, y termina con gracia. Gracia, gracia maravillosa. Por la gracia de Dios soy lo que soy. Pero no yo, sino la gracia de Dios que estaba conmigo.

¡Que nuestros corazones respondan a Su gloriosa e incomparable gracia con los sentimientos de Pablo: “¡Gracias a Dios por su don inefable” (2Co 9:15)! Y así, la palabra escrita de gracia de Dios concluye con esta bendición: “La gracia del Señor Jesús sea con todos. Amén” (Ap 22:21).

Kurt Gebhards es el feliz esposo de Julie y el encantado padre de Reilly, Shea (y Noah), McKinley, Camdyn, Macy y Dax. Es un gozo pastorear a los santos fieles en *The Grove Bible Chapel* en Valrico, Florida y escribir sobre temas para animar al pueblo de Dios a amarlo y servirlo plenamente. ¡Ah, y disfruto especialmente de los libros puritanos, la historia de la Segunda Guerra Mundial y todo lo relacionado con los *Mets* de béisbol de Nueva York!